



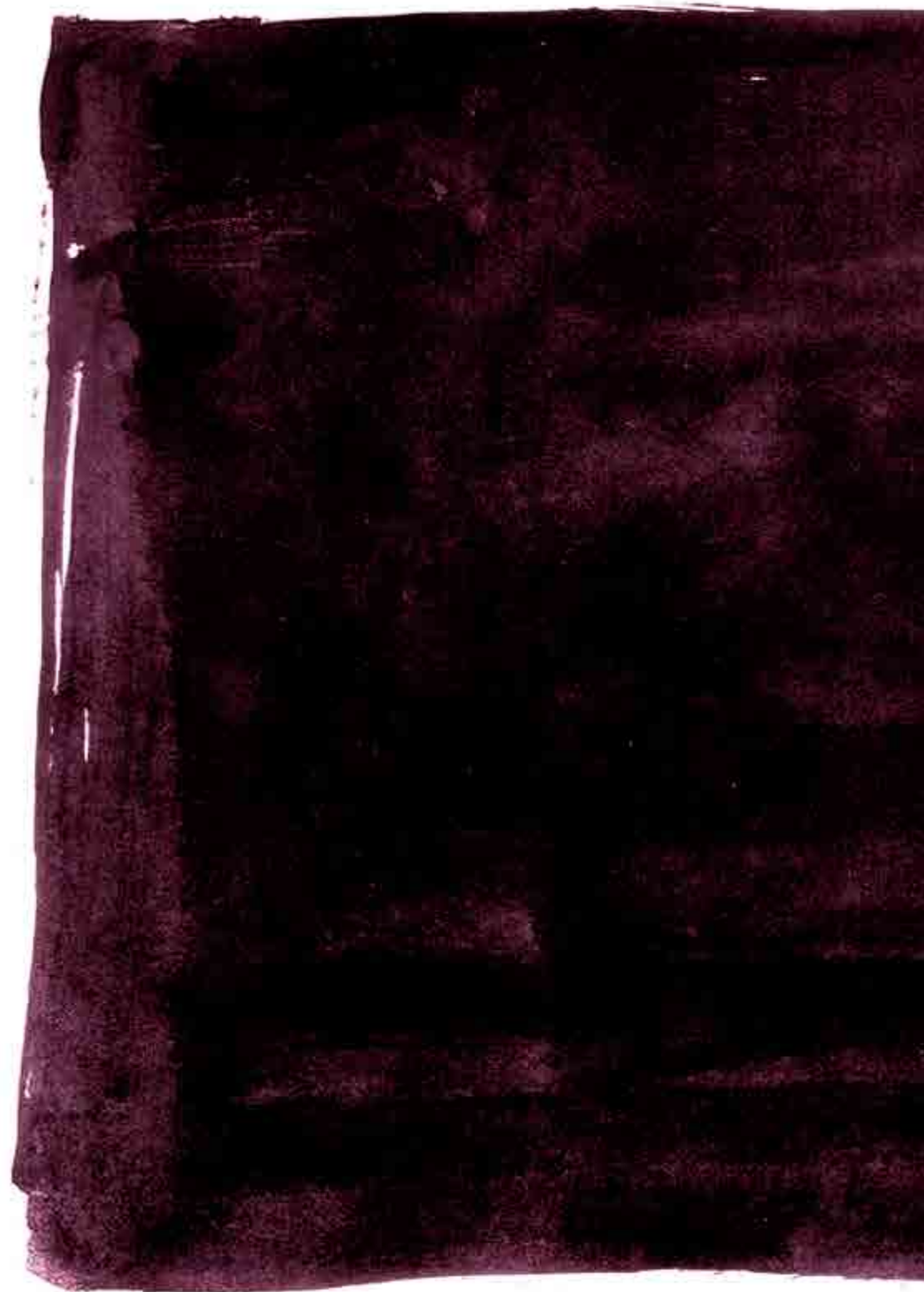
el caos vital

Diego Pérez Lema

COLABORAN:

Adriana Filgueiras

Gabriel Peveroni



JUNTA A DA VERES

el **Caos** vital

Diego Pérez Lema

COLABORAN:

Adriana Filgueiras

Gabriel Peveroni

alter  ediciones





Camilo Goñi y Ana Blankleider en *Cervezas y navajas*

© 2025, Diego Pérez

© 2025, alter ediciones

www.alteredediciones.com

alteredediciones@gmail.com

Fotografías:

Verónica Artagaveytia: p. 97

Al Bana: p. 57

Pablo Bielli: p. 135

Raúl Burguez: p. 40, p. 41, p. 82

Adriana Filgueiras: p. 10, p. 132, p. 131, p. 134, p. 142, p. 143

Fondo Moxhelis: p. 44, p. 45

Diego Pérez Lema: p. 102

Gabriel Peveroni: p. 5, p. 32, p. 43, p. 46, p. 52, p. 54, p. 72, p. 76, p. 78,

p. 81, p. 103, p. 104 (abajo), p. 107, p. 112, p. 113, p. 114, p. 115, p. 116,

p. 117, p. 118, p. 119, p. 121, p. 122, p. 123, p. 124, p. 130, p. 131

Beto Quintans: p. 38, p. 42, p. 56, p. 58, p. 59, p. 61, p. 65, p. 67, p. 68,

p. 84, p. 85, p. 88, p. 100, p. 104 (arriba), p. 105, p. 111, p. 120, p. 137,

p. 139, p. 140, p. 150, p. 153, p. 154

Gabriel Richieri: p. 60

Bernardo Safones: p. 109

Sartori: p. 86

F Varinia: p. 13, p. 17, p. 36, p. 69, p. 70

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

Corrección:

Ana Claudia de León

ISBN: 978-9915-9835-4-7

Depósito legal: 386-979

Impresión:

Esta edición se terminó de imprimir al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo, en el mes de diciembre de 2025.

Contenido

9	Agradecimientos
11	Presentación
15	Saba
19	¿Los ochenta tardíos?
21	El caldo prebiótico
35	El período peyotesco
63	Música de cañerías
107	El efecto Seattle
147	Cierre
155	Cronología de Juntacadáveres
163	El último trago, afuera sigue lloviendo
171	Referencias bibliográficas



Agradecimientos

A Alicia Deanessi y Marcela Saborido, por su colaboración para rastrear un esquivo archivo fotográfico de Raúl Burguez que nunca encontramos y que fue parte de cierta mitología en todo este proceso. Raúl había sido el «fotógrafo oficial» del boliche en su última etapa.

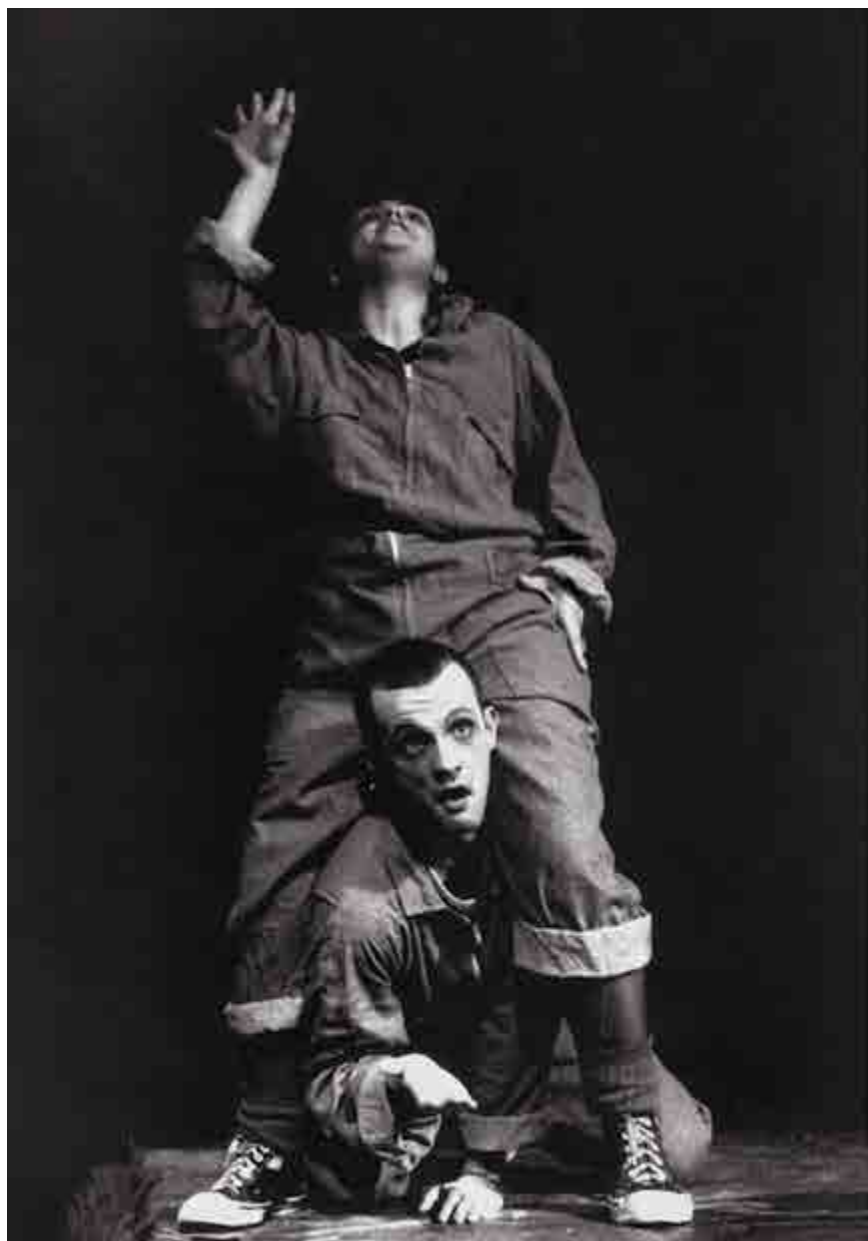
A Beto Quintans, por su generoso tiempo para hablar y el invalorable aporte de afiches y fotos.

A Claudio Burguez y Gabriel Peveroni, quienes impulsaron este proyecto y compartieron un gran caudal de materiales.

A Nel y a Varinia, por su disposición y el material aportado.

A todos los entrevistados, por su tiempo, buena disposición y su emoción.

A nuestro editor, Manuel Carballa, por todos sus apoyos y comentarios.



Jarabe Blues en Juntacadáveres

Presentación

El Junta fue un espacio de puro deseo, sin ley, sin norma. Una explosión, pero chiquita. Una intención de explorar, pero pobre. Un ensayo de libertad, pero acotado a una vieja casona del Cordón en una oscura Montevideo posdictadura.

Intentar recordar lo vivido allí es como entrar en un bosque cubierto de niebla. Porque los recuerdos nos hacen trampas, susurran ilusiones, crean mitos y esconden el dolor.

Solo en un lugar como ese podíamos vivir la explosión de libertad mentirosa que legó la dictadura a una generación de jóvenes. Solo allí podíamos generar la ilusión de otra forma de vida, de expansión, de creatividad y sexo. Pero no teníamos ni idea de cómo crear en libertad, porque la mayoría de nosotros habíamos hecho toda la escuela y el liceo bajo la dictadura. Nos habíamos criado en una espesa bruma de silencios y de horror. De modo que muchas de las cosas que vivimos e intentamos al terminar ese proceso fueron una especie de caos creativo o una búsqueda a ciegas. Como toda búsqueda, tuvo una energía poderosa y honda, pero también caminos ominosos y desesperados. Como si hubiésemos internalizado algo de esa energía asesina de la dictadura. Mientras más «libres» nos sentíamos, más nos dañábamos, más consumíamos, tempranamente veíamos morir a nuestros amigos y amigas, a nuestras parejas. Nos lo hacíamos a nosotros mismos. Nos quebrábamos mientras bailábamos frenéticamente aullando por la libertad.

Juntacadáveres fue un espacio fermental, en el sentido más bullente y caótico de la expresión. Sin un lugar así, loco, en el mejor sentido de la palabra *loco*, muchos artistas no hubieran tenido aire para experimentar sin curaduría, sin miedo, y hasta con cierta soberbia e impunidad.

¿De dónde sale la creación sino de ese caos? No había otro espacio en aquel Montevideo para gritar, reflexionar, para probar, equivocarse, hacer magia y construir belleza.

Pero todos los recuerdos de los que vivimos el Junta están deformados. Deformados por el tiempo, deformados por bondad, deformados para poder darle sentido a nuestras vidas, a lo que vino después. Todos necesitamos dar un sentido a nuestras trayectorias vitales. Y porque algunas cosas, bajo el lente actual del tiempo pasado, duelen. Porque es una generación muy dañada por las adicciones, las patologías mentales y muchas, demasiadas, muertes tempranas por sida, exceso de drogas y suicidios.

Luego de la dictadura, la muerte seguía su implacable cosecha, pero por otras vías, entre gente que honestamente quería otra vida, entre gente que quería crear en libertad, pero simplemente no sabía cómo hacerlo. Ese imaginario posdictadura quedó impregnado hasta en su nominación. Sus creadores llamaron *cadáveres* a los proyectos inconclusos, abortados, sin futuro ni lugar, que dormían en los cajones de los muebles de los artistas de la época. Podrían haberlos llamado de muchas maneras, pero eligieron esa: cadáveres. Y en un intento de resurrección, quisieron reunirlos en un espacio.

Desde mis fragmentarios recuerdos mentirosos es que me parece importante aportar a este trabajo al que nos invita Diego Pérez, para dejar constancia, para honrar, para nombrar estas experiencias vividas por algunos jóvenes de la posdictadura en Montevideo. Para recordar juntos un lugar donde algunas cosas fueron posibles y donde también hubo celebración, alegría y encuentro. Este trabajo pretende colocar esa vieja casona del barrio Cordón en la historia de la juventud subterránea montevideana de los tardíos ochenta para conocer, comprender y tejer sentido en la gran trama de la cultura uruguaya y sus derivas.

Celebro, además, que la invitación sea realizada por un investigador que pertenece a otra generación, que no vivió esto que ahora intentamos reconstruir, porque su mirada en perspectiva, respetuosa pero no



Noche en Juntacadáveres Abajo y a la izquierda, Raúl Burguez

idealizante, aporta a un análisis histórico y social un poco más justo con los acontecimientos de aquellos años y su contexto.

Fue emocionante este recorrido para regresar un rato a la atmósfera turbia y luminosa de la casona de Juan Paullier. En cada contacto que intentamos con los protagonistas de esta historia nos encontramos con la misma pasión de la época. Hubo quienes no quisieron hablar, hubo quienes se resistieron al principio, hubo agradecimiento por el espacio para el recuerdo. Para muchos era una necesidad no reconocida hasta hoy. Maximiliano Angelieri nos dijo durante su entrevista: «Era un lugar espectacular, lo quiero más, ahora en el recuerdo, que antes». Este libro también es un lugar para ellos y sus caprichosos recuerdos.

ADRIANA FILGUEIRAS



«¿Qué diría de mí en aquellos papeles escritos? Antes, yo hubiera dicho “todo”; hoy diría “nada” o “poco” o “una cosa extraña”», decía el escritor portugués Fernando Pessoa (2002, p. 43). ¿Por qué un libro sobre Junta-cadáveres? ¿Cuál es la utilidad que aporta su memoria en el suelo de hoy?

Todos tienen derecho a recuperar su pasado, pero no hay razón para erigir un culto a la memoria por la memoria misma. El Junta se ha convertido, para los amateurs —amar/hacer—, en un residuo oscuro y atractivo donde iluminar aquellas microrresistencias halladas en subtextos de disidencia cultural que derivan, muchas veces, en interpretaciones caricaturescas. «Juntacadáveres fue un bolichito mucho más interesante de lo que recordaba», dice Tabaré Rivero cuando lo entrevistamos para este trabajo, y agrega: «... aunque dista mucho de haber sido el centro contracultural, como lo he escuchado mencionar» (Rivero: 2023).

¿Centro cultural? ¿Pub? ¿Apenas un esbozo de su idea original? Este trabajo pretende cuestionar la narrativa ocultista y de culto, para construir una interpretación que aporte lucidez al imaginario que se ha construido sobre este bolichito y lo que giraba en su contexto. Sacralizar la memoria es otro modo de hacerla estéril. El cometido de esta investigación es reconstruir historia(s) sobre Juntacadáveres que nos inviten a reflexionar dónde encuentra su memoria, un espacio, en los territorios de hoy.

«Vivir es ser otro. Y sentir no es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir —es recordar hoy lo que ayer se sintió, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue vida perdida—», decía Pessoa en su *Libro del desasosiego* (1982). No esperamos reconstruir hechos fácticos a través de entrevistas y tampoco analizar las formas de recordar el pasado político, sexual y cultural. Ese tipo de abordaje significaría encarar otro tipo de investigación. La memoria *under* lleva

muchas veces la marca particular de la confusión, el olvido, la pérdida de memoria y las secuelas del consumo problemático de sustancias.

A lo largo de mis investigaciones en el área, he realizado decenas de entrevistas. Aún continúo haciéndolo. Sin embargo, entiendo que este trabajo amerita una metodología diferente. No se trata de que la historia corrija objetivamente lo que la memoria no puede. La ausencia de recuerdos que impregna la experiencia se convierte, en última instancia, en la lógica de todo recuerdo que no se puede archivar.

La metodología utilizada incorpora el relato oral, las fuentes escritas en recortes de prensa periódica y el uso de la fotografía. Desde el inicio nos propusimos generar una interpretación partiendo desde la historia social *desde abajo*, donde los protagonistas de aquella escena puedan, a través de una metodología de investigación basada en la entrevista, amplificar sus voces articuladas a una narrativa que se desmarca de los trabajos periodísticos sobre el tema y que centra la mirada en la escena rockera del boliche en su última etapa. Nos interesa recuperar su atmósfera, su variada y abundante propuesta artística, que abarcó desde la poesía performática al dibujo, pasando por la danza, el teatro y el rock; las sensibilidades respecto al uso de los cuerpos y los placeres, la extraña demografía que habitaba el boliche y las memorias de un espacio que marcó la escena subterránea montevideana posdictadura. ¿Cómo recordamos?, ¿qué significa recordar?, ¿de qué nos olvidamos?, ¿por qué?, ¿cómo era entendida la sexualidad y el género?, ¿existía espacio para lo abyecto? Son algunas de las preguntas que guiaron las entrevistas.

Los japoneses denominan *saba* a las huellas del tiempo en las cosas. Como el color oscuro de un viejo árbol. Pero el recuerdo es como ese viejo árbol perdido entre la niebla, y la niebla es inimitable. El tiempo es complejo de describir. El tiempo que hemos vivido queda fijado en nuestras almas como una experiencia forjada en el tiempo. Una de las acepciones del recuerdo es volver a pasar por el alma, pero ¿dónde está el alma? ¿En los ojos? ¿En las manos? ¿En ningún lugar físico? Una persona que ha perdido su recuerdo ha perdido la memoria y está

condenada a la locura. Pero no podemos estar todo el tiempo recordando. Recordemos a Funes el Memorioso (Borges: 1944), recordándolo todo. Hay algo inherente a la memoria, y es el olvido.

Pensamos inicialmente este trabajo como un fotolibro en el que las imágenes parlantes guiaran al lector en su interpretación sobre las historias que allí se sucedieron. Sin embargo, las imágenes no hablan por sí solas, la cantidad reunida es escueta, las imágenes son un acto en sí, no dicen la verdad porque constituyen una tajada que deja fuera todo lo otro que no entra en el encuadre y, en definitiva, quienes ordenan la disposición de las imágenes en páginas terminan siendo sus autores en una interesante tensión con el editor.

Rápidamente, junto con Claudio Burguez, Adriana Filgueiras y Gabriel Peveroni, fuimos entendiendo las dificultades que se presentaban para crear un archivo que lograra representar las arborescentes capas de artes que allí tuvieron lugar y las diferentes ramas por las que se descolgaba el boliche. La insuficiencia de material fotográfico generó que el proyecto original virara y, consigo, los diversos intereses de quienes nos acompañaron en primera instancia. Algunos nos quedamos prendidos como niños de las ramas de ese árbol.



De perfil, a la izquierda, Gabriel Peveroni; de frente, Rubén Omar



¿Los ochenta tardíos?

Y tú, olvidado, tus recuerdos asolados por todas las consternaciones del mapamundi, encallado en las Cuevas Rojas del Pali-Kan, sin música y sin geografía, sin ir ya a la hacienda donde las raíces piensan en el niño y el vino se acaba en fábulas de almanaque. Ahora se acabó. Nunca verás la hacienda. No existe. Hay que construir la hacienda.

IVÁN CHTCHEGLOV, 1953

Juntacadáveres, el centro cultural, el antro, el bolichito, nació de las entrañas de la utopía de hacer *la hacienda*. Sus creadores imaginaron un espacio donde, en todo momento del día, pudiese surgir la *fuga* a través de las artes. Gratis y abierto a todas y todos los que quisieran habitar otro mundo, en contraste con el afuera gris y trágico. Como todo proyecto, fue solo un proyecto.

Juntacadáveres, el boliche, el centro cultural, el proyecto olvidado de la comunidad Garibaldi, transitó varias etapas en su efímera existencia. El período *neobeat*, entre fines de 1990 y 1991, forjó un estilo post-hippie gestionado por Rubén Omar, en el que circulaba gente como Eduardo Darnauchans y, del teatro independiente, como Roberto Suárez y César Troncoso. Luego del verano de 1992, el espacio adquirió una atmósfera bukowskiana, con apertura a las por entonces denominadas «nuevas artes»; la performance poética, las instalaciones, el teatro revulsivo y la estética punk y dark se situaron en el lugar, gestionado en ese momento por Beto Quintans, hasta agosto de 1992, cuando regresó Rubén. Fue en ese momento que Juntacadáveres perfiló un estilo asociado al rocanrol que dialogaba con proyectos como el Parakultural, en Buenos Aires, y que se extendió hasta 1993, cuando la escena *grunge* copó el lugar. A continuación, algunas de sus derivas.